

con su venganza y transformación de valores, Israel ha triunfado siempre *sub hoc signo* de todos los ideales de otros ideales más nobles.

9. «Pero, á qué nos habláis de un ideal más noble? Inclinémonos ante los hechos consumados: el pueblo es quien ha vencido; «los esclavos», «el populacho», «el rebaño», llamadlo como queráis, si es á los judíos á quien se debe, jamás pueblo alguno tuvo misión histórica más brillante. Fueron abolidos los amos, triunfó la moral del pueblo. Si decís que fué un veneno, fué un veneno saludable. La redención del género humano está en buen camino: todo se judaiza, se cristianiza, y se plebeiza á ojos vistas. El impulso es irresistible, el progreso incesante: podrá haber marchas y contramarchas, prisas y despacios, pero el tiempo es largo... ¿Tiene todavía la Iglesia alguna misión necesaria? ¿Tiene todavía derecho á la existencia? ¿Podríamos pasarnos sin ella? *Quaeritur*. Parece que más bien retarda la marcha, pero en esto consiste precisamente su utilidad. Hay en ella algo de grosero y de rústico que repugna á las inteligencias delicadas y á los gustos modernos. ¿No debería pulirse algo? Hoy más bien repele que seduce. ¿Quién de nosotros querría ser librepensador si la Iglesia no existiera? La Iglesia nos repugna, pero no su ponzoña. Quitad la Iglesia, y todavía amariamos su ponzoña...»

Tal fué el epílogo que hizo á mi discurso un librepensador, un honrado animal y, por añadidura, un demócrata. No pudo contenerse más. Y yo aquí debo callarme.

10. La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el odio llegó á producir valores, el odio que

tenía que contentarse con una venganza imaginaria. Mientras que toda moral aristocrática nace de una triunfante afirmación de sí misma, la moral de los esclavos opone un «no» á todo lo que no es suyo; este «no» es su acto creador. Esta mudanza total del punto de vista, es propia del odio: la moral de los esclavos necesitó siempre de un mundo opuesto, exterior; necesitó de estimulantes externos para entrar en acción; su acción es una reacción. Lo contrario acontece en la moral aristocrática: obra y crece espontáneamente, y no busca su antípoda sino para afirmarse á sí misma con mayor alegría; su concepto negativo «bajo», «vulgar», «malo», no es sino un pálido contraste, y muy tardío, si se compara con su concepto fundamental, impregnado de vida y de pasión, «nosotros los aristócratas, nosotros los buenos, los hermosos, los felices». Cuando el sistema aristocrático yerra y peca contra la realidad, es en una esfera que desconoce y desdeña, en la esfera del bajo pueblo. Mas por mucho que falsee la imagen percibida esta costumbre de orgulloso desdén y de superioridad, no es tanto como la desfiguración violenta que el rencor y el odio ponen en la imagen del adversario. En el desdén aristocrático hay harta negligencia y descuido, harta alegría íntima y personal para que el objeto pueda transformarse en una caricatura, en un monstruo. Y no se olviden los matices benévolos que la aristocracia griega, por ejemplo, pone en todas las palabras con que designa al bajo pueblo; hallamos en ellas cierta dulzura de compasión, de indulgencia, hasta el punto que todas ellas concluyen por ser sinónimas de «desgraciado», digno de compasión (compárese *δειλός*, *δειλαιος*, *πονηρός*, *μοχθηρός*, denotando estas dos últimas lo penoso del trabajo). Téngase presente, por otra parte, que los

términos «malo», «bajo», «desgraciado», significaban una misma tonalidad, esencia de la evaluación aristocrática (recordamos á los filósofos el sentido de las palabras: οὐδύρος, ἀνόλος, τλήμων, δυστυχῆν, ξυμφορά). Los aristócratas tenían el *sentimiento* de ser «los felices»; y no tenían necesidad de construir artificialmente su felicidad, comparándose con sus enemigos y engañándose á sí mismos, como hacían los rencorosos: en su cualidad de hombres completos, vigorosos y necesariamente activos, no acertaban á separar la felicidad de la acción (de ahí la expresión εὖ πράττειν). Todo esto está en profunda contradicción con la «felicidad» que imaginan los impotentes, los obstruidos, los de sentimientos hostiles y venenosos, á quienes la felicidad aparece bajo la forma de estupor, de sueño, de reposo, de paz, de «sábado», en una palabra, bajo su forma pasiva. Y mientras el aristócrata vive lleno de confianza y de franqueza para consigo mismo (esto es lo que designa γενναίος «noble de nacimiento»), el hombre del rencor no es ni franco, ni cándido, ni leal consigo mismo. Su alma es bizca, su espíritu ama los rincones y los postigos; le encanta todo lo culto; allí halla su mundo, su seguridad, su descanso; sabe guardar el silencio, no olvidar, esperar, hacerse chiquito provisionalmente, humillarse. Esta raza *rencorosa* concluirá por ser más *prudente* que la aristocrática y honrará sobremanera la virtud de la prudencia; mientras que entre los aristócratas, la prudencia es como un lujo, y tiene mucho menor importancia que el funcionamiento regular de los instintos inconscientes, y menor que la imprudencia temeraria de arrojarse sobre el enemigo, y que la espontaneidad entusiasta de la cólera, del amor, del respeto, de la gratitud y de la venganza. Y aun cuando la cólera se apodere del hombre

noble, se termina y agota por una reacción instantánea; esta es la razón de que no emponzoñe, sin contar que hay en él menos ocasiones. No tomar en serio sus enemigos y sus desgracias, es el signo característico de las naturalezas fuertes que se hallan en la plenitud de su desarrollo y que poseen una superabundancia de fuerza plástica, regeneradora y curativa, que sabe olvidar. (Un buen ejemplo en los tiempos modernos, es Mirabeau, que no conservaba en la memoria los insultos é infamias, y que no podía perdonar, sencillamente porque olvidaba). El aristócrata, en una sola sacudida, se desembaraza de la bilis que en los otros hace morada; sólo él puede amar á los enemigos, si es que tal amor es posible sobre la tierra. El respeto del hombre superior á su enemigo, es camino abierto para el amor... ¡El no puede soportar á un enemigo que no sea venerable! Por el contrario, el hombre del rencor, medita continuamente en el enemigo, le crea, le concibe como «maligno», como antítesis del «bueno»... de sí mismo.

11. De manera que encontramos aquí un procedimiento opuesto al del hombre aristócrata, el cual saca espontáneamente de su propio «yo» la idea fundamental de «bueno», de donde saca por antítesis la de «malo». El «malo» del aristócrata y el «maligno» del rencoroso ofrecen un singular contraste: el primero es una creación posterior, un accesorio, un matiz complementario; el segundo, es la idea original, el comienzo, el acto por excelencia en la concepción de una moral de esclavos.

Y tampoco es único el concepto «bueno». Preguntad á los esclavos cuál es el «malo», y señalarán al personaje que en la moral aristócrata es «bueno», es decir,

el poderoso, el dominador. Sólo que los esclavos le miran al revés con la mirada venenosa del rencor. Y he aquí una observación curiosa: el esclavo que ha tenido por enemigos á estos «buenos», no ha conocido más que enemigos *malignos*; porque estos mismos hombres, que entre sus iguales se contienen severamente en los límites de las costumbres, del respeto, de la gratitud, y sobre todo, de la emulación mutua, y que por otra parte en sus relaciones se muestran tan ingeniosos, tan señoriles, tan delicados, tan fieles, tan caballeros y tan buenos amigos, en cuanto salen del círculo de su clase, parecen fieras en libertad, y libres de las ataduras sociales, se indemnizan de aquella tensión en el esclavo, y vienen á ser monstruos triunfadores que salen quizá de una horrible serie de asesinatos, de incendios y de violaciones con tanto orgullo y serenidad de alma, como si se tratara de una gira estudiantil y persuadidos de que han dado á los poetas harta materia para celebrar y cantar. En el fondo de estas razas aristocráticas, es imposible no reconocer la fiera; el bruto de blondos cabellos en busca de presa; este fondo de bestialidad se muestra de cuando en cuando—aristocracia romana, árabe, germánica ó japonesa, héroes homéricos, vikings escandinavos— todos son iguales en este respecto. Todas las razas nobles han dejado huellas de barbarie á su paso; en la más alta cultura se conserva su recuerdo (por ejemplo, cuando Pericles dice á los atenienses en su famosa oración fúnebre: «Nuestra audacia se abrió paso por tierra y por mar, erigiendo por todas partes imperecederos monumentos en bien y en mal.») Esta audacia de las razas nobles, audacia loca, absurda, espontánea; la naturaleza misma de sus empresas imprevistas é inverosímiles (Pericles celebra sobre todo la *πάροψη*

de los atenienses); su indiferencia y su desprecio de la comodidad, del bienestar, de la vida; la alegría terrible y profunda en toda destrucción, los placeres de la victoria y de la crueldad; todo esto, en la imaginación de las víctimas, se resumía en la idea de «bárbaro» «maligno» «vándalo». La desconfianza profunda y glacial que la Alemania inspira, es un contragolpe del horror indecible que durante siglos experimentó la Europa ante el furor de la bestia germánica (por más que apenas haya relación de categorías y menos consanguinidad entre los antiguos germanos y los alemanes de hoy). Ya en otro lugar llamé la atención acerca de la dificultad en que hubo de hallarse Hesíodo cuando trató de representar las épocas de la civilización en las tres edades de oro, plata y bronce: no pudo evitar la contradicción que le ofrecía el mundo homérico, tan magnífico como horrible y brutal, sino dividiendo esta edad en dos partes sucesivas: primeramente la edad de los héroes y semidioses de Troya y de Tebas, según habían quedado impresos en la imaginación de las razas aristocráticas que en ellos veían sus propios abuelos; y después, la edad de bronce, es decir, el mismo mundo tal como aparecía á los descendientes de los oprimidos, despojados, injuriados y vendidos como esclavos; una edad de bronce, ciertamente, dura, fría, cruel, insensible, sin conciencia, aplastándolo todo y regándolo todo con sangre. Si se admite que la finalidad de toda cultura es domesticar la bestia humana para hacer de ella un animal manso y civilizado, deberán considerarse como verdaderos instrumentos de cultura todos estos instintos de reacción y de rencor que por fin humillaron y domaron á las razas aristocráticas y á sus ideales; verdad es que esto no quiere decir que los representantes de aquellos